

Alguien dijo de la guerra,—no sé si un general alemán, pero para el caso no importa,—que la guerra acabaría con la misma guerra. El caso, o el tiempo, parece darle la razón al autor de tal profecía. Estamos asistiendo a tal sucesión de ingenio, que si hoy se inventa una máquina de guerra fulminante, al día siguiente ya se inventa la otra dedicada a contrarrestar el efecto desastroso de la primera.

El hombre andó mucho y mucho en el camino bélico. Y con muy poco tiempo, comparado con lo que va de existencia. No son muy lejanos aquellos tiempos que para hacer la guerra era preciso poseer todos los dientes. La falta de uno de los llamados caninos era suficiente para ser excluido de las filas bélicas. Sin este diente, no se podían cumplir aquellas órdenes de mando de: «saquen cartucho. rompan cartucho (con el canino), carrucho al cañón; saquen baqueta, baqueta al cañón. Apunten. Fuego. Y luego, qué? Pues aguardar a que pasara la polvareda y ver que cuatro indefensasavecillas habían sido víctimas de todo aquel atronador castillo de fuegos artificiales.

Ha pasado el tiempo y la cosa se ha puesto ya más seria. Pero si ahondamos en este asunto, quizás encontremos que conforme el hombre avanza en este aspecto también vuelve al principio. Algo así como el pez que se muerde la cola. Vean sinó el ejemplo.

(Termina en la pág. 3)

SAN FELIU
DE GUIXOLS
3 JUNIO 1954

Año VII

N.º 336

ONDEA



DUERMEVELA

por L. d'ANDRAITX

En el gabinete, por la ventana abierta a poniente, entra el resplandor anaranjado del atardecer. Luz suave y dulce, que uno podía beber a sorbos. Sobre mi mesa, un libro de poemas de Rainer María Rilke, a medio leer. Una bella y extraña historia de amor y de guerra, que amanece con una pregunta:

«¿Esto es el alba? ¿Qué sol se levanta? ¿Tan grande es el sol?»

La claridad reina, pero no es de día. Las ventanas rojas gritan: ¡fuego!

El corneta se siente protegido por la rosa que le diera su amada, y arranca un pétalo de ella, para darla a su amigo, el marqués.

La caballería avanza. Carga, confusión, gritos. ¡Corneta! Y las llamadas, ora insulto, ora silencio, quedan sin respuesta. La bandera no está.»

La luz anaranjada había corrido ya por las páginas del libro; un hálito rojizo quedó temblando sobre el papel; desaparecieron los versos; mis párpados se cerraron, aprisionando aquel último resplandor.

Vamos a radiar para Vds. «Quiéreme mucho» —oí claramente en el receptor semi-olvidado de la habitación contigua—. Poco antes habían llegado a mis oídos los nombres de los futbolistas suecos: Jacobsen, Ibenson. .

En mi jardín, un pájaro lanzaba angustiosos trinos. Notas que se mezclaban... Recuerdos que se superponían....

Cuando se quiere de veras. . .

Jacobsen....

Rilke....

Corneta....

Fuego....

Amor y muerte.

Sueño.

La estancia era el sol mismo agonizante.

¡Salvar la bandera! La bandera ardía; era una llama. El corneta había muerto. ¡Silencio! Toque de retirada. ¡Jamás! La bandera ardía; las alas del pájaro eran la seda que quemaba, su cuerpo el asta, y el pájaro sollozaba. Ibenson defienda el marco sueco; tiene por talismán una rosa, la rosa de Sangenau. Pero... ¿quién cuida de la bandera? ¿Cómo puede aguantar el pájaro? La bandera todavía ondea

¿Quién escribió esto? «Como ha de ser así, prescindamos si la culpa es del uno o del otro, y encarémonos con la vida. Lo perdido, perdido está; pero la bandera todavía ondea y el recinto no se ha rendido.» Wolfe. Humbert Wolfe. Un pétalo de rosa. ¿Cómo arrancaste, soldado, un pétalo de la rosa que te dieron? Destrozaste tu talismán. ¡Morirás! Y quizá se salve tu compañero, el que guarda sólo una hoja de la flor de una mujer desconocida. ¿A quién espera ella? No lo sabe. Destinos. Caminos andados a ciegas. No hay luz; noche. Noche. Silencio. Duda.

«Es imposible, mi sueño, lejos de tí vivir» —, acabamos de radiar para Vds., «Quiéreme mucho» A continuación....»

Me levanté con sobresalto, dejé el gabinete, pasé a la sala contigua, cerré la radio.

Tres minutos de sueño. ¡Qué raros caminos...!

Cuando volví a mi mesa, un gris de noche incipiente se había tragado el día. Ya la luz rojo-naranja era un recuerdo; Rilke, oscuro; el pájaro silente. Rasas, pétalos, la bandera... ¡Qué confusión!

En el sopor de la tarde, en la languidez vespertina, gris el cielo, gris el aire, cerre los ojos de nuevo. La duermevela seguía....

Pero ya no volvió aquel resplandor. Bandera y talismán, la rosa, el pájaro, habían huido.

CARRERILLA SEMANAL

*Por fin ya no llueve,
el sol relució,
¿tendremos verano?
Primavera, no.
La dama este año
¿cómo nos timó!*

MORALEJA

*No quieras hacer calendarios
ni del tiempo hacer pronósticos,
pues hasta en los partes diarios
yerran los meteorólogos.*

*

REFLEJOS HASTA EL TREINTA DE MAYO...

Son tantos los refranes de que disponemos, que bien puede decirse que hay para todos los gustos y situaciones. Por eso Sancho Panza tenía siempre el oportuno para responder a su amo y señor Don Quijote cuando éste pretendía objetarle sobre algo que ofendía a su desequilibrado y genial espíritu.

Y no sólo un refrán tenía el fiel escudero para cada

caso, sino una docena y más si se le permitía deshilvanarlos.

Pero muchos de los refranes han perdido bastante prestigio con el tiempo, sea por haberse comprobado infinidad de veces su inexactitud, o porqué a la gente moderna no le gusta estar regida por sentencias que considera anacrónicas. Además, como hemos dicho antes, de refranes hay para to-

dos los gustos y conveniencias. Y si uno nos dice que «Al que madruga Dios le ayuda» otro nos replica que «No por mucho madrugar amanece más temprano». Habiendo de pares antinómicos como éste un sin fin en el inmenso arsenal refranil de la lengua española.

A veces no obstante, los hechos evidencian con tanta contundencia la veraci-

(Termina en la pág. 3)